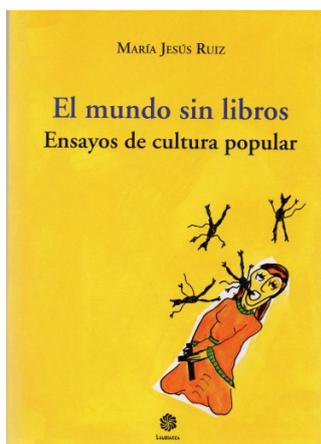




El mundo sin libros. Ensayos de cultura popular

María Jesús Ruiz, *El mundo sin libros. Ensayos de cultura popular*
Navara, Lamiñarra, 2018.
254 pp. ISBN: 978-84-09-01473-6

ALICIA DOMÍNGUEZ PÉREZ
(Escritora)



Cualquiera que leyera solo el título podría pensar que este libro versa sobre alguna distopía al estilo de la que retrata Orwell en *1984*. O sobre una premonición sustentada en la observación del atontamiento al que las redes sociales nos están conduciendo. Pero el subtítulo resuelve todas las dudas: *Ensayos de cultura popular*, materia ante la que la autora confiesa sentirse deslumbrada desde que hace más de treinta años oyó cantar a su madre “un frondoso repertorio de romances tradicionales aprendidos de su abuela” y que ella se ha encargado de estudiar con rigor científico y pasión de coleccionista.

Este libro, que recupera “lo que nunca estuvo en los libros”, nos muestra en un lenguaje llano, aunque no por ello menos evocador, el profundo conocimiento de la materia que tiene su autora, María Jesús Ruiz, Doctora en Filología Hispánica y profesora titular de la Universidad de Cádiz y responsable de la sección *Recupera* de la revista *CaoCultura*.

Con un estilo directo e incisivo, que impacta por la franqueza y la autenticidad de sus reflexiones, esta obra aborda un amplio repertorio de temas relacionados con el patrimonio inmaterial, la etnografía, la antropología, la filosofía, la historia y el folklore, y pone en valor el vehículo a través del cual se han ido transmitiendo a lo largo de los siglos: la oralidad; el medio del que nos valíamos antes de que todo estuviera en los libros, antes de que “la imprenta escindiera inevitablemente la sociedad entre quienes sabían y podían leer y quienes ni sabían ni podían”. Y todo ello, enriquecido por las agudas observaciones de su autora que, como una verdadera *lutier*, recompone el instrumento de la memoria, esa que nos contiene, nos hace y nos conforma, para ofrecernos ciento cuatro artículos deslumbrantes, agudos e inteligentes.

La primera parte del libro, “El anillo en el agua”, incluye veintiocho artículos que repasan multitud de tradiciones populares, rituales del mundo hispánico y prácticas sociales —las fiestas de la Primavera, las Cruces de Mayo, el Carnaval o la noche de San Juan—, que, desde siempre, han evocado la vitalidad, la sensualidad, el florecimiento de la vida y la risa “que no tiene razón de ser si no es para enfrentar la degradación a lo sublime, la destrucción del sistema al propio sistema”. Y no faltan reflexiones sobre cómo han contribuido estos rituales al mantenimiento de ciertas mentalidades que perpetúan la desigualdad y el machismo. En ese sentido, imprescindible leer “Los oficios de la Virgen”, donde la autora reconoce que “la cultura popular, pudiendo ser subversiva y transformadora es, a la vez, profundamente involucionista y conservadora, y avanza con respecto a la cultura oficial en una proporción similar a la que en su competencia distanciaba a la tortuga (aquella) de la liebre (esta)”; “Ejércitos tradicionales”: “el mundo tradicional masculino [...] ha generado un sinfín de coplas en las que la misoginia más lacerante campea a sus anchas. La literatura antifemenina medieval, los versos hirientes de Quevedo, todo ese discurso clásico archisabido, ha alargado su hilo a través de la oralidad para proveer al tradicional ejército masculino de las armas del verso”; “La esposa muerta y frita”: “El mayor obstáculo no está en la justicia, sino en la moral social, es decir, en la ‘zona humana’ del asunto, en el día a día de las relaciones familiares o laborales, en la educación que, de hecho, se practica en las escuelas y, en definitiva, en los códigos que guían nuestras conductas esenciales y nuestra comunicación”; o “Santas y salvajes”, en el que la autora explica magistralmente el origen del arquetipo de mujer complaciente, anónima, silenciosa y virtuosa que la sociedad ha encumbrado, arquetipo que, por otro lado, proviene del ejemplo de la Virgen María: “las mujeres hemos tenido en ella una referencia inalcanzable, frustrante por tanto, y en consecuencia, perversa. Como paradigma, representa muy bien la vinculación a la perfección femenina, al inmovilismo [...], a la negación del sexo, lo que lleva a una tajante identificación entre lo femenino y la castidad”.

“Días geniales”, la segunda parte del libro y la más breve, está compuesta por catorce artículos en los que se repasan los cantos y cuentos infantiles que nos acompañaron en ese tiempo en el que no temíamos tirar el anillo al agua, una y otra vez, y zambullirnos para recuperarlo. Tiempo en el que todo estaba por hacer, tiempo de mudanza y de sueños, de poder y de esperanza en el futuro. Un tiempo recreado en los cancioneros y juegos infantiles que, lejos de ser tan inocentes, albergan una profunda carga de belicismo y violencia y recuerdan guerras como las de la Independencia, las guerras carlistas, la de África...

Ante nuestra retina, la tradición, esa “línea celeste infinita que arranca de no se sabe qué momento del pasado y termina más allá del final de arcoíris”, desfila a través de los mitos recreados en la literatura, la música y el arte. Nos reencontramos con el Ratón Pérez, “un ratón muy pequeño con sombrero de paja, lentes de oro, zapatos de lienzo crudo y una cartera roja, terciada a la espalda”, secularmente ligado a la mudanza de los dientes y, con ello, al crecimiento. Con los cuatro angelitos que custodiaban nuestra cama y a los que invocábamos entonces pidiendo protección y ahora, ¿por qué no?, rogando que nos devuelvan “la confianza infantil en el poder mágico de la palabra” y nos libren “de los malos tiempos que siempre acechan”. Con Alicia en el país de las maravillas, que “ha dimitido en un mundo de niños domesticados” y, cómo no, con Caperucita —no dejen de leer “¿Por qué la llaman Caperucita cuando quieren decir sexo”—, pero no la Caperucita inocente de Perrault, sino la transgresora de los hermanos Grimm, la que desobedece las advertencias de su madre y, a pesar de ello, se salva, tranquilizando con ello a las niñas desobedientes, librándolas, en parte, de la mezcla de “terror, magia, obsesión por el sexo, muerte, incesto, violación, pedofilia, canibalismo, voyerismo y fetichismo” que subyace en la tradición más antigua, como indica el escritor Gabriel Janer Manila.

La tercera parte, “Mi querida España” —tal vez, la que más poso me ha dejado—, recoge trozos de esa historia reciente que muchos aún llevamos prendida en el dobladillo de la memoria. Historias pobladas de esperanzas y sueños, de personas comprometidas con el porvenir, de artistas, literatos, pensadores que durante la Segunda República y después, ya instaurada la Democracia, se dispusieron a renovar este país tan resiliente, pero, a la vez, tan resistente a avanzar.

En los veintinueve artículos que la componen, tienen cabida figuras de la talla de Evangelina Sobredo, nuestra querida Cecilia, esa ‘niña bien’ que se recorrió España tratando de hacerla despertar, y en una de cuyas carreteras ella encontraría el sueño eterno; Lorca, Machado y tanto otros que “habían comprendido desde su educación privilegiada que la decencia no podía estar en otro sitio que en la palabra, la denuncia y la solidaridad”. Esos que “soñaron caminos y asumieron, muy tempranamente, que les tocaba poner negro sobre blanco, y en pentagrama, la verdad de un país-Saturno que devora a sus hijos y que fortalece la vileza de los que más tienen”.

Personas e instituciones como Giner de los Ríos, Luis Cernuda, Alejandro Casona, las Misiones Pedagógicas —que llegaron a crear más de dos mil bibliotecas populares—, el teatro de la Barraca, la Institución Libre de enseñanza (de obligada lectura el artículo “Dejar vivir: feminismo y pedagogía”) y tantos otros que durante la Segunda República quisieron arrancar a esta sufrida España de las garras del analfabetismo y la desigualdad y cuyo empeño frustró el golpe del 36, que “junto a los cadáveres, enterró en las cunetas las canciones, el teatro, las pinturas y los libros...”; Josefina Iturrán —maravilloso artículo “La maleta de Josefina”—, la niña de la guerra que, tras perder a sus padres como la mayoría de los tres mil niños evacuados a la URSS, se llevó consigo una maleta con veinticuatro libros: novelas de Cervantes, de Pérez Galdós, de Blasco Ibáñez, de Emilia Pardo Bazán... Como otros tantos, nunca volvería, aunque sí lo hizo su maleta: “pero cuando la abro, muchos siguen viéndola como una caja de truenos”.

Y, en el otro platillo de la balanza, frente a esa voluntad regeneradora, la involucionista de esa otra España de charanga y pandereta que tan bien retrató Berlanga y que en nuestra sufrida Andalucía aún seguimos encarnando “porque nadie se ha molestado en explicar a los andaluces que no están obligados a ser lo que en los folletos turísticos se dice de ellos” (“Andalucía. Historia trágica del tipismo”). La España donde no se derogó el uxoricidio — el privilegio acordado al marido matador de su esposa adúltera— hasta 1963 y donde la Sección Femenina, esa institución creada por Pilar Primo de Rivera bajo los principios copiados del nazismo de «Niños, Hogar, Iglesia», impuso a dos generaciones de mujeres la obligación de la virginidad, la obediencia, el enclaustramiento en el hogar y, por supuesto, la renuncia al placer: “Con un pequeño gemido es suficiente” (“Mística del Pololo”). Esa misma que al grito de “¡Señoritooo...!” representa no la que Machado quiso dejarnos sino “la impotencia de lo que no pudo ser”.

Por último, en los veintitrés artículos que componen “La vida de los otros” la autora reflexiona sobre nuestra realidad más inmediata y sobre el trastorno social que supone vivir pendientes de la otredad “del político, del famoso y del vecino de la letra B”, pero de espaldas a la del “mendigo, el refugiado, el inmigrante y, en general, la del que sufre”.

Y para ejemplificarlo, vemos desfilar por sus páginas películas memorables, canciones y escenas de la vida cotidiana. Así, la autora nos habla en “Niños perdidos” no de los que Doris Lessing retrató en el *Quinto Hijo*, sino esos que que campan a sus anchas por el mundo como amos indiscutidos e indiscutibles; esos que “gritan, berrean y dan patadas en restaurantes, grandes almacenes y bodas de postín y que nunca pueden ser silenciados por unos padres”. Sobre las mujeres que eligen mal, como la inolvidable Ilsa de *Casablanca* que, tal vez, no debió irse con Lazlo ni quedarse con Rick sino con el mayor Strasser, interpretado magistralmente por Conrad Veidt, el único que, en realidad, representó su papel con la pasión y la fuerza que otorga el haber tenido que huir de la Alemania Nazi (“Ni Lazlo ni Rick”).

Y en ese repaso a la otredad que nos aliena no falta la correspondiente crítica a los efectos perniciosos del capitalismo y del catolicismo, que “han pergeñado durante siglos, con evidente destreza, una red de chantajes emocionales orientados a conducir por un mismo camino a la humanidad y a negar el pan y la sal a todo aquel que, por cualquier razón, se muestre disidente” (“Feliz Navidad, Mr. Scrooge”), o a la secular separación entre la justicia hecha a medida de los poderosos y la justicia a secas, que ya hizo rodar ríos de tinta a finales del siglo XIX con el caso de Higinia, la última mujer ejecutada a garrote vil. Pero, frente a ello, siempre nos queda el recurso de la resistencia, esa que la autora describe magistralmente en “Fidelidades”, retrato de su paso por Cuba y por un pasado heroico y sentimental en el que siguen presentes “la bandera del Ché desde la que el Cádiz, C.F. defiende sus fracasos. Esas otras banderas que adornaban nuestros pisos de estudiantes. Las cien pesetas que costó oír en directo «Yo pisaré las calles nuevamente. [...] El agua tibia y salvaje que salpican las olas que rompen contra el Malecón. La utopía de la igualdad y la justicia. El paraíso que no pudo ser...”.

Un libro, en fin, necesario, deslumbrante, profundo e irreverente donde se cuestionan muchos mitos y en el que se pone en valor la memoria y la cultura oral, “pues nada hay más

diferenciador y singularmente humano que la memoria recreada”. Recréense pues en esta obra que les ayudará a entender un poco mejor lo que somos a través del conocimiento de lo que fueron los que nos ‘fueron’. Porque “estamos hechos de agua y memoria” y, tal vez, de nostalgias de paraísos imposibles.

Como dijeron de Lola Flores, María Jesús Ruiz no canta, no baila, no se la pierdan.